

Herman Melville

BAR

TLE

BY, EL

ESCRIBIENTE

Edición bilingüe

ámbar
COOPERATIVA EDITORIAL

**BAR
TLE
BY, EL
ESCRIBIENTE**

Título original: “Bartleby”, en *The Piazza Tales*, 1856



De la edición:

Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

De la traducción:

Licencia Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional
Se permite la reproducción, redistribución, remezcla, retoque y transformación de esta traducción al español, incluso con fines comerciales, siempre y cuando todas sus obras derivadas se licencien bajo estas mismas condiciones, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Primera edición, 2015

Editado por El Quinqué Amarillo Publicaciones, S. C. de R. L. de C. V.
Prisciliano Sánchez 1075, Col. Americana, C. P. 44160
Guadalajara, Jalisco

Diseño, formación y portada: Karla Preciado
Viñeta: Jorge Rangel
Cuidado de la edición: Carlos Armenta
Corrección: Erandi Barbosa y Samuel Bernal
Traducción: Francisco Estrada

ISBN: 978-607-96834-0-5
Impreso en México

www.editorialambar.com

Herman Melville

BAR
TLE
BY, EL
ESCRIBIENTE

Edición bilingüe

COLECCIÓN
DOMINIO
PÚBLICO

 **ámbar**
COOPERATIVA EDITORIAL

Nota editorial

El libro que sostienes es un producto comercial, sí, pero también es un intento de cambiar (aunque sea un poco, tal vez muy poco) las maneras mercantiles a las que estamos acostumbrados. Se une así a dos movimientos que han tomado fuerza mundial en años recientes: el cooperativismo y el copyleft.

Nuestra intención no es alejarnos ingenuamente del mercado, sino dirigirnos (de manera intuitiva y sin certezas) hacia condiciones más justas de remuneración y circulación en el mundo editorial. Por eso una cooperativa: para procurar repartir las ganancias equitativamente entre las personas que trabajan en un proyecto. Por eso una versión copyleft: para garantizar que a nadie, incluso si no tiene el dinero para pagarlo, se le impida disfrutar de un producto cultural. Al menos eso intentamos hacer.

Como Herman Melville murió hace más de cien años, su obra entera ha pasado a ser de dominio

público;¹ es decir, no es propiedad de nadie en particular: cualquiera puede leerla, editarla o modificarla sin necesidad de pagar regalías. Eso en su lengua original, claro. Porque si alguien la traduce, digamos, al español, habría que esperar otros 100 años después de la muerte del traductor para que esta nueva versión se libere. El movimiento es éste: lo que ya era público vuelve a ser privado.

La apuesta es avanzar en dirección contraria. Bajo una licencia copyleft, esta traducción podrá usarse sin restricciones: será posible compartirla, distribuirla, reproducirla, modificarla e incluso reeditarla. Las condiciones actuales del mercado, lo sabemos bien, no siempre nos permitirán ofrecer una versión copyleft. Pero como esta vez nada nos lo impide, queremos festejarlo con este primer libro.



Ámbar

Cooperativa Editorial

¹ Por cierto, desde la reforma mexicana del 2003, en ningún otro país hay que esperar tanto tiempo para que, después de la muerte de un autor, su obra ingrese al dominio público. En Uruguay, Argelia o Australia, por ejemplo, la obra de James Joyce y Sigmund Freud ya está libre de derechos.

Prólogo

Un libro puede ser un artefacto, un instrumento musical y de sentido: un dormitorio donde pueden roncar los signos, esa sustancia dúctil que de forma lógica, a veces conveniente, toma o representa la esencia de alguna cosa. El alumbramiento-despertar de los signos sucede al interpretar un fenómeno: lo que nos pasa cuando dormimos, cantamos, observamos el cielo, leemos las páginas de un libro, etcétera. Un signo es un descubrimiento, es una conexión nueva, insólita a veces, entre ideas o cosas.

Bartleby, el escribiente es un provocador de signos. Contratado como copista (escribiente) de documentos legales —una suerte de máquina fotocopidora humana— en una oficina de un Nueva York de 1800 y tantos, Bartleby es en un principio un empleado ejemplar, afanoso y comprometido con las copias. Su productividad comienza a fisurarse cuando su patrón (un abogado bienintencionado, quien narra este relato) le pide al escribiente realizar una tarea diferente a la ya

habitual; el umbral de la ambigüedad y el absurdo abre sus puertecillas al ritmo de su educada declinación (que se volvería mántrica): “Preferiría no hacerlo” (*I would prefer not to*). Frugal, un ermitaño detrás de un biombo, espectador de un muro ciego de ladrillo, habitante único de la oficina los domingos, un hombre sin historia (que prefiere no contarla): Bartleby va forjándose así una obstinada carrera hacia la inacción y el silencio.

La fuerza de Bartleby radica en la forma en que, escurridizo de tan inmóvil, rehúye a interpretaciones encauzadas en una sola dirección. En poco más de siglo y medio, desde su primera aparición en 1853, este cuento breve ha dado pie a un surtido de interpretaciones; da fe, por otro lado, de su capacidad para suscitar nuevos signos en las manos de lectores en diferentes momentos y contextos: para algunos el pálido amanuense encarna el signo de un escritor que ha decidido, de buenas a primeras, retirarse y dejar de escribir: el primer caso del síndrome de Bartleby;¹ para otros más Bartleby anuncia el largo silencio en el que entraría la pluma de Herman Melville; hay quien dice que es sólo “un hombre fruto del desorden, el ruido y la pena”, “que se sostiene en la nada y que sólo sobrevive en el vacío”.² ¿Será que la naturaleza rara de

¹ Así lo denominó Enrique Vila-Matas en su ensayo novelado *Bartleby y compañía*.

² Estas últimas tres ideas anidan en el ensayo “Bartleby o la fórmula”, de Gilles Deleuze.

este texto exige ser explicada y, al mismo tiempo quizás, frustra cualquier interpretación con aire categórico?

Un lector tiene el privilegio de apropiarse de los signos y bautizarlos: crear con ellos. En una de sus más recientes lecturas, que de paso colocó de nuevo en órbita a este cuento, *Bartleby* es concebido por algunos como un símbolo vivificado del movimiento Occupy Wall Street.³ Y la fórmula *I would prefer not to* se imprime en playeras y carteles, se contrae: *IWPN2*; es un estencil o una calcomanía; es una consigna en una marcha o un volante. Es una frase puesta en juego fuera de la literatura escrita. Una dilación amable⁴ es en este contexto un enunciado desobediente: el estado catatónico de *Bartleby*, quién lo diría, es inspiración para llevar a cabo acciones de resistencia.

Si dejamos el poder evocativo que tiene este cuento —y maniatamos a nuestro exégeta interior—, la ambigua postura de *Bartleby* (y la “ocupación” de la oficina

³ El 17 de septiembre de 2011 en la Plaza de la Libertad, en pleno distrito financiero de Manhattan, el movimiento Occupy Wall Street emerge como una protesta que exige al gobierno la regulación de los principales bancos y corporaciones norteamericanas, señalándolos, junto con la Bolsa de Valores de Nueva York (situada sobre Wall Street), como culpables de la crisis económica mundial que comenzó en 2008 y que continúa hasta la fecha. Desde aquel día, los miembros del movimiento han mantenido ocupada, por medio de campamentos, esta plaza cercana a Wall Street.

⁴ Esta interpretación de la fórmula es de José Luis Pardo; aparece en su ensayo “*Bartleby* o de la humanidad”.

donde trabaja), abre un abanico de lecturas que actualizan (aunque con cierto arreglo) el texto: el escribiente sería el representante de avanzada, punta de lanza, de todas las personas que viven el drama de repetir de forma compulsiva una actividad indeseada y carente de sentido.⁵ Y podemos ir más allá: *Bartleby* podría considerarse el primer trabajador despedido en ocupar Wall Street.⁶

Son éstas, por supuesto, interpretaciones imprecisas. Sí, el Nueva York que es el escenario de *Bartleby*, no era ni por asomo el núcleo financiero y urbano que es hoy en día: hasta 1890, la iglesia de la Trinidad fue el edificio más alto de esta metrópoli, y la Bolsa de Valores no tomaría la relevancia que tiene ahora sino hasta 1918; del mismo modo, la actitud de *Bartleby* no puede considerarse precisamente la de un hombre rebelde. Se vislumbra más bien a un sujeto sin preferencias (sin inclinación por tal o cual idea), incapaz de referirse a sí mismo o a alguna otra cosa. Y su famosa frase permanece a medio camino entre la afirmación y la negación, se suspende indefinidamente sin una respuesta concreta.

Bartleby, el escribiente es letra palpitante, letra viva: estas recientes interpretaciones son su signo vital. Una lectura con ojos de este siglo es posible, y

⁵ Esta aproximación se halla en el artículo “Lecturas sobre el presente (I): *Bartleby, el escribiente*”, de Arturo Borra.

⁶ Este ensamble de sentido se manifiesta por primera vez en el artículo “*Bartleby’s Occupation of Wall Street*”, de Hannah Gersen.

más allá; es inquietante. Un texto así, por lo tanto, demuestra ser un mecanismo actualizado y puesto a punto. Esta nueva traducción responde a la potencia que el relato tiene, a esa capacidad para insinuarles sentidos, por sobre el paso del tiempo, a quienes lo han leído: que su vigencia lo convierta entonces en un detonante para entusiasmar a nuevos lectores.

Samuel Bernal

BARTLEBY, EL ESCRIBIENTE

Soy un hombre bastante mayor. La naturaleza de mis ocupaciones en los últimos treinta años me ha puesto en estrecho contacto con un gremio interesante y un tanto peculiar, del cual, hasta donde sé, nada se ha escrito todavía: me refiero a los copistas judiciales o escribientes. He conocido a muchísimos, profesional e íntimamente, y, si quisiera, podría narrar diversas historias que harían sonreír a los hombres bondadosos y llorar a las almas sentimentales. Pero renuncio a las biografías de todos los demás escribientes sólo por algunos pasajes de la vida de Bartleby, que era uno de ellos y el más extraño que yo haya visto o del que haya oído hablar. Mientras que de otros copistas podría escribir su vida entera, nada parecido puede hacerse con Bartleby. No existe material suficiente para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes no puede asegurarse nada si no a partir de las fuentes

originales, y, en su caso, éstas son muy pocas. Todo lo que sé de Bartleby es lo que vieron mis atónitos ojos, excepto, claro, por un vago rumor que mencionaré al final.

Antes de presentar al escribiente, tal como lo conocí por primera vez, es conveniente que diga algo sobre mí, mis empleados, mis negocios, mi despacho y mi ambiente en general; una descripción de este tipo es indispensable para una adecuada comprensión del personaje principal que está a punto de aparecer. En primer lugar, soy un hombre que desde su juventud ha tenido la profunda convicción de que la vida sencilla es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces estresante hasta la turbulencia, jamás he permitido que esos asuntos alteren mi tranquilidad. Soy uno de esos abogados sin ambiciones que nunca se dirigen a un jurado ni buscan suscitar el aplauso del público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro, realizo un cómodo trabajo entre bonos, hipotecas y títulos de propiedad de hombres ricos. Quienes me conocen me consideran un hombre eminentemente confiable. El difunto John Jacob Astor, un personaje poco dado al entusiasmo poético, no titubeaba en señalar que mi virtud principal era la prudencia y la segunda, el método. No es por vanidad, sino por registrar los hechos, si digo que mis servicios profesionales no eran despreciados por el difunto John Jacob Astor; un nombre que, tengo que admitirlo, me encanta repetir, porque tiene un sonido redondo y orbicular, y suena como

monedas de oro recién acuñadas. Añadiré con franqueza que yo no era indiferente a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Poco antes del periodo en el que empieza esta pequeña historia, mis ocupaciones habían aumentado considerablemente. Se me había nombrado para ocupar el antiguo cargo, ahora desaparecido en el Estado de Nueva York, de Secretario de la Cancillería. No era un cargo difícil, pero sí muy bien remunerado. Raras veces pierdo la calma, y es más raro aún que caiga en indignaciones imprudentes ante injusticias y atropellos; pero permítaseme tener un arrebato aquí y declarar que considero la súbita y violenta disolución del cargo de Secretario de la Cancillería, por la nueva Constitución, como un acto prematuro, por decir lo menos; sobre todo si consideramos que yo había contado con disfrutar de sus ganancias de por vida, y sólo recibí las de algunos pocos años. Pero nada de esto viene al caso.

Mi despacho se encontraba en un piso del número... de Wall Street. Uno de sus lados daba a la pared blanca del interior de un espacioso tragaluz que recorría el edificio de arriba abajo. Esta vista podría haberse considerado más bien sosa, totalmente desprovista de eso que los paisajistas llaman "vida". Y aunque así fuera, la vista del otro lado de mi despacho ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección mis ventanas dominaban una vista limpia de una alta pared de ladrillos, ennegrecida por el tiempo y la sombra permanente; no se requería de un telescopio para descubrir

las bellezas ocultas de esta pared, ya que, para beneficio de todo espectador miope, se alzaba apenas a tres metros de los cristales de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios de los alrededores, y a que mi despacho se encontraba en el segundo piso, el espacio entre esta pared y la mía guardaba una semejanza no menor con una enorme cisterna cuadrada.

En la época justamente anterior a la llegada de *Bartleby*, tenía a dos personas empleadas como copistas, y a un chiquillo muy despierto como mandadero. El primero era *Turkey*; el segundo, *Nippers*; y el tercero, *Ginger Nut*. Pueden parecer nombres, estos tres, de esos que no se encuentran con frecuencia en el directorio telefónico. En realidad se trataba de apodos que mis tres empleados se habían puesto mutuamente, y que expresaban con propiedad sus respectivas personalidades. *Turkey* era un inglés bajo y choncho, más o menos de mi edad, es decir, no muy lejos de los sesenta. Por las mañanas, podría decirse, su cara tenía un estupendo color rosado, pero después de las doce del mediodía —su hora del almuerzo— resplandecía como una parrilla llena de brasas, y seguía resplandeciendo —pero con un declive gradual, por así decirlo— hasta las seis de la tarde aproximadamente, después de lo cual yo no veía más al dueño de ese rostro, que alcanzaba su punto más alto con el sol, parecía ponerse con él, salir de nuevo, culminar, y declinar al día siguiente, con idéntica regularidad e idéntico esplendor. A lo largo de mi vida he visto muchas coincidencias peculiares, entre las cuales no

fue la menor el hecho de que en el momento exacto en el que la cara roja y radiante de Turkey lanzaba sus rayos más intensos, justo entonces, en ese momento crucial, comenzaba el periodo del día en que sus capacidades laborales me parecían gravemente afectadas por el resto de la jornada. No digo que se mostrara absolutamente ocioso o reacio al trabajo; nada de eso. El problema era que se volvía demasiado enérgico. Había entonces una extraña, vehemente, exaltada, voluble precipitación en sus actos. Mojaba con descuido su pluma en el tintero. Todos sus manchones en mis documentos fueron hechos después de las doce del mediodía. Y no sólo era atarantado y penosamente dado a los manchones por las tardes, sino que algunos días iba más lejos y se volvía bastante ruidoso. En esas ocasiones, además, su cara ardía de una manera majestuosa, como carbón al rojo vivo. Hacía un ruido desagradable con la silla; derramaba la arena secante; al reparar sus plumas, con impaciencia las partía en pedazos, y en un arrebato las arrojaba al piso; se paraba y se inclinaba sobre su mesa, revolviendo todos sus papeles de la forma más indecorosa, algo muy triste de ver en un hombre mayor como él. Sin embargo, como por muchos motivos era una persona muy valiosa para mí y siempre antes de las doce del mediodía el ser más diligente y moderado, capaz de realizar una gran cantidad de tareas de manera inigualable; por estas razones, estaba dispuesto a pasar por alto sus excentricidades, aunque, de vez en cuando, me viera obligado a reprenderlo. Lo hacía, no obstante,

con bastante suavidad, porque aunque por las mañanas Turkey fuera el hombre más educado, apacible y respetuoso, por las tardes era propenso, ante la menor provocación, a responder de manera un tanto brusca, insolente, de hecho. Pues bien, como valoraba tanto sus servicios matutinos y estaba decidido a no perderlos; aunque, al mismo tiempo, sus airadas maneras después de las doce me hicieran sentir incómodo; y, como hombre de paz que soy, tan poco dispuesto a provocar con mis reprimendas respuestas impropias, resolví un sábado por la tarde (siempre se ponía peor los sábados por la tarde), sugerirle, de manera muy amable, que, tal vez, ahora que estaba envejeciendo, sería mejor reducir sus tareas; en pocas palabras, que no necesitaba venir al despacho después de las doce, sino, después del almuerzo, dirigirse a casa a descansar hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se volvió intolerablemente férvido, mientras me aseguraba con un tono oratorio —gesticulando con una gran regla desde el otro extremo de la habitación— que si sus servicios eran útiles por la mañana, ¿cómo entonces no iban a serlo por la tarde?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en esa ocasión—, me considero su mano derecha. Por las mañanas tan sólo reúno y despliego mis tropas, pero por las tardes me pongo al frente de ellas y cargo gallardamente contra el enemigo, ¡así! —y dio una violenta estocada con la regla.

—¿Y los manchones, Turkey? —le insinué.

BARTLEBY, THE SCRIVENER

I am a rather elderly man. The nature of my avocations, for the last thirty years, has brought me into more than ordinary contact with what would seem an interesting and somewhat singular set of men, of whom, as yet, nothing, that I know of, has ever been written—I mean, the law-copyists, or scriveners. I have known very many of them, professionally and privately, and, if I pleased, could relate divers histories, at which good-natured gentlemen might smile, and sentimental souls might weep. But I waive the biographies of all other scriveners, for a few passages in the life of Bartleby, who was a scrivener, the strangest I ever saw, or heard of. While, of other law-copyists, I might write the complete life, of Bartleby nothing of that sort can be done. I believe that no materials exist for a full and satisfactory biography of this man. It is an irreparable loss to literature. Bartleby was one of those beings of whom nothing is ascertainable, except from the original

sources, and, in his case, those are very small. What my own astonished eyes saw of *Bartleby*, *that* is all I know of him, except, indeed, one vague report, which will appear in the sequel.

Ere introducing the scrivener, as he first appeared to me, it is fit I make some mention of myself, my *employés*, my business, my chambers, and general surroundings; because some such description is indispensable to an adequate understanding of the chief character about to be presented. Imprimis: I am a man who, from his youth upwards, has been filled with a profound conviction that the easiest way of life is the best. Hence, though I belong to a profession proverbially energetic and nervous, even to turbulence, at times, yet nothing of that sort have I ever suffered to invade my peace. I am one of those unambitious lawyers who never addresses a jury, or in any way draws down public applause; but, in the cool tranquillity of a snug retreat, do a snug business among rich men's bonds, and mortgages, and title-deeds. All who know me, consider me an eminently *safe* man. The late John Jacob Astor, a personage little given to poetic enthusiasm, had no hesitation in pronouncing my first grand point to be prudence; my next, method. I do not speak it in vanity, but simply record the fact, that I was not unemployed in my profession by the late John Jacob Astor; a name which, I admit, I love to repeat; for it hath a rounded and orbicular sound to it, and rings like unto bullion. I will freely add, that

I was not insensible to the late John Jacob Astor's good opinion.

Some time prior to the period at which this little history begins, my avocations had been largely increased. The good old office, now extinct in the State of New York, of a Master in Chancery, had been conferred upon me. It was not a very arduous office, but very pleasantly remunerative. I seldom lose my temper; much more seldom indulge in dangerous indignation at wrongs and outrages; but, I must be permitted to be rash here, and declare, that I consider the sudden and violent abrogation of the office of Master in Chancery, by the new Constitution, as a — — premature act; inasmuch as I had counted upon a life-lease of the profits, whereas I only received those of a few short years. But this is by the way.

My chambers were up stairs, at No. — — Wall Street. At one end, they looked upon the white wall of the interior of a spacious skylight shaft, penetrating the building from top to bottom. This view might have been considered rather tame than otherwise, deficient in what landscape painters call "life." But, if so, the view from the other end of my chambers offered, at least, a contrast, if nothing more. In that direction, my windows commanded an unobstructed view of a lofty brick wall, black by age and everlasting shade; which wall required no spy-glass to bring out its lurking beauties, but, for the benefit of all near-sighted spectators, was pushed up to within ten feet of my window panes. Owing to the great height of the

surrounding buildings, and my chambers being on the second floor, the interval between this wall and mine not a little resembled a huge square cistern.

At the period just preceding the advent of *Bartleby*, I had two persons as copyists in my employment, and a promising lad as an office-boy. First, Turkey; second, Nippers; third, Ginger Nut. These may seem names, the like of which are not usually found in the Directory. In truth, they were nicknames, mutually conferred upon each other by my three clerks, and were deemed expressive of their respective persons or characters. Turkey was a short, pursy Englishman, of about my own age—that is, somewhere not far from sixty. In the morning, one might say, his face was of a fine florid hue, but after twelve o'clock, meridian—his dinner hour—it blazed like a grate full of Christmas coals; and continued blazing—but, as it were, with a gradual wane—till six o'clock, P.M., or thereabouts; after which, I saw no more of the proprietor of the face, which, gaining its meridian with the sun, seemed to set with it, to rise, culminate, and decline the following day, with the like regularity and undiminished glory. There are many singular coincidences I have known in the course of my life, not the least among which was the fact, that, exactly when Turkey displayed his fullest beams from his red and radiant countenance, just then, too, at that critical moment, began the daily period when I considered his business capacities as seriously disturbed for the remainder of the twenty-four hours. Not that he was absolutely

idle, or averse to business, then; far from it. The difficulty was he was apt to be altogether too energetic. There was a strange, inflamed, flurried, flighty recklessness of activity about him. He would be incautious in dipping his pen into his inkstand. All his blots upon my documents were dropped there after twelve o'clock, meridian. Indeed, not only would he be reckless, and sadly given to making blots in the afternoon, but, some days, he went further, and was rather noisy. At such times, too, his face flamed with augmented blazonry, as if cannel coal had been heaped on anthracite. He made an unpleasant racket with his chair; spilled his sand-box; in mending his pens, impatiently split them all to pieces, and threw them on the floor in a sudden passion; stood up, and leaned over his table, boxing his papers about in a most indecorous manner, very sad to behold in an elderly man like him. Nevertheless, as he was in many ways a most valuable person to me, and all the time before twelve o'clock, meridian, was the quickest, steadiest creature, too, accomplishing a great deal of work in a style not easily to be matched—for these reasons, I was willing to overlook his eccentricities, though, indeed, occasionally, I remonstrated with him. I did this very gently, however, because, though the civilest, nay, the blandest and most reverential of men in the morning, yet, in the afternoon, he was disposed, upon provocation, to be slightly rash with his tongue—in fact, insolent. Now, valuing his morning services as I did, and resolved not to lose them—yet, at the same

time, made uncomfortable by his inflamed ways after twelve o'clock—and being a man of peace, unwilling by my admonitions to call forth unseemly retorts from him, I took upon me, one Saturday noon (he was always worse on Saturdays) to hint to him, very kindly, that, perhaps, now that he was growing old, it might be well to abridge his labors; in short, he need not come to my chambers after twelve o'clock, but, dinner over, had best go home to his lodgings, and rest himself till tea-time. But no; he insisted upon his afternoon devotions. His countenance became intolerably fervid, as he oratorically assured me—gesticulating with a long ruler at the other end of the room—that if his services in the morning were useful, how indispensable, then, in the afternoon?

“With submission, sir,” said Turkey, on this occasion, “I consider myself your right-hand man. In the morning I but marshal and deploy my columns; but in the afternoon I put myself at their head, and gallantly charge the foe, thus”—and he made a violent thrust with the ruler.

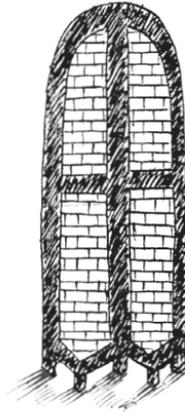
“But the blots, Turkey,” intimated I.

“True; but, with submission, sir, behold these hairs! I am getting old. Surely, sir, a blot or two of a warm afternoon is not to be severely urged against gray hairs. Old age—even if it blot the page—is honorable. With submission, sir, we *both* are getting old.”

This appeal to my fellow-feeling was hardly to be resisted. At all events, I saw that go he would not. So, I made up my mind to let him stay, resolving,

Índice

Nota editorial	7
Prólogo	9
Bartleby, el escribiente	15
Bartleby, the scrivener	77



TURKEY Y NIPPERS

TERMINARON DE COPIAR LOS 500 EJEMPLARES

—BARTLEBY PREFIRIÓ NO HACERLO—

DE ESTA EDICIÓN EN JULIO DE 2015 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL PANDORA, S. A. DE C. V.,
UBICADOS EN CAÑA 3657, COL. LA NOGALERA, C. P.
44470 EN LA CIUDAD DE GUADALAJARA, JALISCO.
PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ LA FAMILIA
TIPOGRÁFICA CENTURY SCHOOLBOOK EN 14 PUNTOS
PARA TÍTULOS Y 11 PUNTOS PARA EL CUERPO DEL TEXTO.
LOS FORROS SE IMPRIMIERON EN PAPEL SUNDANCE
DE 216 GRAMOS Y LOS INTERIORES EN
CULTURAL DE 90 GRAMOS.



Mientras que de otros copistas podría escribir su vida entera, nada parecido puede hacerse con Bartleby. No existe material suficiente para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes no puede asegurarse nada si no a partir de las fuentes originales y, en su caso, éstas son muy pocas. Todo lo que sé de Bartleby es lo que vieron mis atónitos ojos.

ISBN: 978-607-96834-0-5



9 786079 683405

ámbra
COOPERATIVA EDITORIAL

COLECCIÓN
DOMINIO
PÚBLICO